

Jocelyn Nicole Johnson



Algo dulce en la lengua

Traducción del inglés de Aurora Echevarría



ALPHA DECAY

CONTENIDO

Negro de control	9
Virginia no es tu hogar	25
Algo dulce en la lengua	37
Comprar una casa antes del apocalipsis	51
El rey de Xandria	57
<i>Agradecimientos</i>	73

NEGRO DE CONTROL

Puede que, para cuando leas esto, ya lo hayas averiguado. O tal vez te lo dijera tu madre, aunque ella solo estaba al corriente de mi trillada tesis, no de mi propósito ni de mi intención última. Aun así, es posible que la verdad te penetrara las entrañas: que yo soy tu padre, que tú eres mi hijo.

En estas páginas mecanografiadas me propongo exponer esta verdad en toda su extensión. Pero no confundas esta carta con una confesión velada, por favor. No me puedo permitir arrepentirme de nada de todo esto. Espero que llegues a comprender que todo fue por un bien mayor.

Verás, para mi experimento necesitaba un Negro de control, por grotesco que suene...

Debes saber que estuve allí el día que naciste, un reflejo detrás de la cristalera del nido. Te observé mientras tu madre descansaba, junto con su marido, el hombre al que debes de haber aceptado, al menos durante un tiempo, como tu padre. Parecía que tú también me veías, mi silueta borrosa. El parto (natural, vaginal) tuvo lugar en el hospital universitario. Apunté tu peso (3,370 kg), tu color (oscuro, saludable), tu carácter (aparentemente plácido): igual que yo.

También ayudé a pagar la guardería cuando eras tan pequeño que todavía llevabas esos pañales blancos de lujo. Estaba justo fuera del campus, para que las alumnas de posgrado como tu madre pudieran dejar allí a sus hijos pequeños mientras trabajaban o estudiaban. Y los profesores como yo podíamos hacer visitas guiadas y mirar a través de un cristal que nos permitía ver sin que nos vieran. Yo tomaba notas mentalmente de aquella habitación llena de niños, un arcoíris de rostros, pero solo me fijaba en ti: tu piel caoba y tus ojos oscuros y penetrantes. Tus dedos rechonchos, que se doblaban al agarrar los bloques, intentando construir algo sólido y verdadero. Aprendí a soportar el sentimiento que me inspirabas, un orgullo creciente que me llenaba el pecho y que, acto seguido, se desbordaba en un intenso dolor. ¿Recuerdas la temporada de partidos de las ligas menores que jugabais en Washington Park, justo al lado de la parada del autobús? Siempre te distinguía, sobre todo de lejos. Te quedabas de pie en el plato, con los brazos en ángulo apuntados hacia la pelota blanca brillante, resuelto a golpearla más allá de los límites visibles.

Quiero decir que, durante todo este tiempo, he estado observándote o he hecho que otros lo hicieran por mí. Mi asistente hizo las prácticas con tu profesor de Educación Cívica de sexto. Uno de mis alumnos de posgrado te dio clases particulares en el instituto cuando le sugerí que «diera algo a cambio». Me contaba anécdotas sobre los progresos que hacías sin sospechar jamás que eras mío.

Estabas en segundo cuando contraté a un alumno, un chico ya mayor de edad, pero lo bastante enclenque para pasar por alguien de diecisiete años. Tú lo conociste como David, del congado vecino. Siguiendo mis instrucciones se hizo amigo tuyo y te animó a apuntarte a natación (alejándote del topicazo del baloncesto). Me traía copias impresas de tu correspondencia, que dejaban ver tu particular forma de expresarte, tu media

sonrisa en las fotos del móvil. Puede que al oír esto ahora te sientas manipulado o incluso ultrajado. Pero estoy casi seguro de que mi empeño en modelarte y prepararte, o mis intentos, exitosos o no, de protegerte no son muy diferentes de los de cualquier otro progenitor.

Todo el mundo tiene una historia de sus orígenes y esta es la tuya: empezaste como un pensamiento totalmente desarrollado que salió de mi cabeza. No, más bien fuiste una serie de preguntas que marchaban resueltas hacia un varapalo memorable. Era 1985, años antes de que tú nacieras, y yo empezaba a trabajar en este campus. Mi madre había muerto al comienzo del primer semestre, con el cuerpo inundado de un cáncer que se le diagnosticó ya fallecida. Aturdido, viajé al sur para enterrarla, perdiéndome mis primeras clases, y volví en cuanto pude. Solo estuve fuera una semana y un día, pero una ola de frío había cubierto de hojas la gran explanada de césped. La misma tarde que regresé me dirigí a mi despacho, y estaba de espaldas a la puerta, ordenando los objetos de encima de mi escritorio con la camisa arremangada, cuando entró un hombre. Al girarme se sobresaltó, y yo con él. Era, según averigüé unos minutos después, un colega más veterano de mi departamento: Historia. Estaba de vuelta después de un año sabático y había acudido a mi oficina para darme la bienvenida. «Disculpe —dijo—, estoy buscando a un tal profesor Adams. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo, amigo?» Me percaté de lo que estaba ocurriendo un momento antes de que lo hiciera él, y me obligué a reír para intentar tranquilizarlo, aunque me temo que la risa sonó estrangulada. Verás, el tipo me había confundido con uno de los bedeles de la tarde.

Pero la semana siguiente me presenté ante todos mis jóvenes y brillantes alumnos. Por primera vez en mucho tiempo me sentí, si no asentado, al menos situado. Poco después, en un seminario matinal, recuerdo haberme sentido esperanzado

mientras recogía una primera tanda de ejercicios hechos en clase sobre el tema que estábamos tocando: pensadores del siglo XIX. Entre el revuelo de hojas me encontré una caricatura, sin nombre en la esquina, que se había deslizado, era difícil saber si a propósito o por accidente. En realidad no era nada, una viñeta dibujada a grandes rasgos a lápiz que se titulaba «Ironía» y en la que se veía, inclinado sobre un atril, a un profesor de Historia que se parecía bastante a mí, con la misma americana y pajarita, aunque con un rostro como de hombre primitivo, y, por encima del aula llena de alumnos, un bocadillo en el que se leía: «Darwin explicado a los hombres por un simio».

No es nada, me dije a mí mismo mientras volvía a mi piso aquella noche, aunque la verdad es que me sentía... cansado. Recuerdo que pensé: ¿de qué sirven los logros que obtenga, la claridad con la que hable o el cuidado con el que me conduzca si continúan los juicios injustos? ¿Y si, incluso aquí, no son capaces de verme y solo perciben el reflejo de algo oblicuo donde yo creía estar? Trabaja duro, Cornelius, me decía mi madre. Trabaja el doble de duro si quieres conseguir algo. Y ahí estaba yo, ya adulto, preguntándome qué era lo que podía conseguir y qué me sería negado para siempre.

Lo que necesitaba, se me ocurrió entonces, era observar cómo se desarrollaba la vida de otro hombre: un chico Negro no muy distinto de mí, pero mejor que yo: un afroamericano que, por lo demás, fuera igual a los vástagos del hombre caucásico estadounidense que pululaban por mis aulas. Los HCE, como llegué a llamarlos. Y me preguntaba si estarían a la altura de ese joven sin tacha que se erigiría como referencia máxima. No, no era a ellos exactamente a quienes quería poner a prueba, sino a mi propio y querido país: si se daban las circunstancias adecuadas, ¿podría Estados Unidos hacer extensiva su promesa de Vida y Libertad también a mí, a alguien como yo? Lo que necesitaba era un control, un Negro de control. Y, dada la materia

que imparto, no se me pasó por alto la conmoción que esas dos palabras juntas provocaban, ese descriptor arcaico que rechinaba en un extremo como un grillete oxidado.

Esas palabras me impactaron, y de ellas saliste tú.

Así empezó mi verdadera investigación, un segundo empleo secreto que quedaba velado por los rigores del primero. Por las tardes y los fines de semana buscaba en los estantes de las bibliotecas, escarbaba en las revistas y los estudios publicados. Me centré en los HCE contemporáneos buscando patrones, causas y efectos. El acceso de un HCE a una nutrición infantil adecuada frente a los expedientes disciplinarios que daban pie a suspensos en la escuela primaria. El tiempo que se esperaba que un HCE pasara con su padre (viendo un partido, imaginé, o aprendiendo a atrapar la pelota) frente a los informes policiales de pequeños actos vandálicos, de esas mismas pelotas rompiendo la ventana de un vecino. Yo estaba decidido a cuantificar el efecto de apoyar las acciones, reacciones y autonomía de esos jóvenes. En un momento dado se me ocurrió trabajar a la inversa. Reuní una muestra más cercana: veinticinco casos tomados de los archivos universitarios, seleccionados al azar de un grupo más amplio. Cada uno de esos HCE venía de una familia de renta media alta, tenía un coeficiente intelectual medio o ligeramente superior, y, según la foto del carné de estudiante, una cara que se aproximaba a la simetría. En mi afán por entenderlos mejor, llamé a institutos de los barrios periféricos y entrevisté a profesores, orientadores e incluso a padres, siempre por teléfono; no fui muy sincero, lo reconozco. Mis HCE eran todos jóvenes prometedores y «buenos», pero, si rascabas la superficie, también tenían defectos. Mi investigación sacó a la luz trastornos de déficit de atención, depresiones, gamberrismo o consumo de drogas y alcohol. En varios casos encontré pruebas de transgresiones más graves: asaltos con agresión, acusaciones de mala conducta sexual. Ninguno de esos jóvenes era